HISTORIA DE LA CIUDAD

II. Territorio, sociedad y patrimonio

Una visión arquitectónica de la historia de la ciudad de Valencia

Javier Martí

A LA LUNA DE VALENCIA. UNA APROXIMACIÓN ARQUEOLÓGICA AL ESPACIO PERIURBANO DE LA CIUDAD MUSULMANA

Cuando hablamos de ciudad, de historia urbana, frecuentemente concretamos nuestro análisis al espacio urbanizado. La ciudad, sin embargo, guarda una relación de complementariedad con su entorno que hace que sea difícil entender aquella sin pararse a comprender éste. A principios del siglo XIII, poco antes de la conquista feudal, Valencia era un extenso núcleo urbano que superaba con creces los límites de la muralla construida en época taifa, para extenderse por barrios y arrabales mucho más allá del primitivo asentamiento. Una espesa huerta rodeaba la ciudad, y diseminados por ella existían numerosos asentamientos: alquerías, fincas de recreo –almunias– y otras explotaciones rurales –los reales y rafales–, muchos de ellos vinculados a ricos propietarios de la ciudad. Vamos a ver, de oeste a este y de dentro hacia fuera, la configuración de este espacio periurbano a partir de la información que en las dos últimas décadas ha proporcionado la arqueología (Fig. 1).

Algunas consideraciones metodológicas

Visto desde la dimensión urbana o, más aún, desde la ensanchada óptica metropolitana, el simple dato arqueológico obtenido en excavación (un muro, un pavimento, una conducción hidráulica, un estrato...) resulta muchas veces anodino, minúsculo en medio de realidades que multiplican por mucho su tamaño (curvas de nivel, alineaciones de fachadas, barrios, partidas...). Hay un problema de escalas. Sin embargo, esos minúsculos datos arqueológicos son muchas veces las pistas que sugieren la existencia de realidades mayores y la prueba más tangible de ellas. En la arqueología del paisaje es necesario cambiar de óptica continuamente: del teleobjetivo al gran angular, y sobre todo partir de una base cartográfica fiable sobre la que referenciar la nube de pequeños datos minúsculos. Correctamente situados en su posición, analizados desde la distancia adecuada e interpretados a la luz de disciplinas auxiliares, esos datos dibujan en muchos casos realidades nuevas, a veces nítidas, a veces inexplicables, pero en ningún caso triviales.

Desde hace varios años, el Servei d'Investigació Arqueològica Municipal del Ayuntamiento de Valencia[1] está desarrollando un sistema informatizado donde georeferenciar todos los datos arqueológicos (planimétricos, textuales y fotográficos), correctamente situados sobre la trama parcelaria del catastro. El espacio de trabajo se complementa con diferentes planimetrías históricas que sirven a modo de *background* o escenario alternativo y con un vaciado de referencias históricas periódicamente corregidas y aumentadas. El sistema está en fase avanzada de desarrollo y será de consulta pública.

Haciendo uso de algunos de estos recursos, en el presente artículo hemos situado los datos arqueológicos de que disponemos sobre la retícula del catastro y nos hemos apoyado con dos planos históricos, el *Plano General de Valencia y sus Ensanches*, obra de autor anónimo de 1894, y el que realizara Francisco Mora para el proyecto de Ensanche en 1907[2]. ¿De qué sirve estudiar realidades urbanas de época islámica sobre planos del siglo XIX? Muy sencillo; en primer lugar, estos dos planos son los primeros con valor topográfico –es decir, legibles con parámetros cartográficos modernos– que muestran curvas de nivel; además dibujan un paisaje histórico anterior a las grandes transformaciones urbanísticas producidas por el expansionismo de los años 60 y 70: la calle Sagunt, por ejemplo, es apenas un estrecho filete de casas alineado junto al camino, Patraix, Russafa o Campanar son todavía aglomera-

1. Además de solventar los problemas diarios.
2. Herrera, J. M. et alii: *Cartografía histórica de la ciudad de Valencia. 1704-1910*, Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 1985.

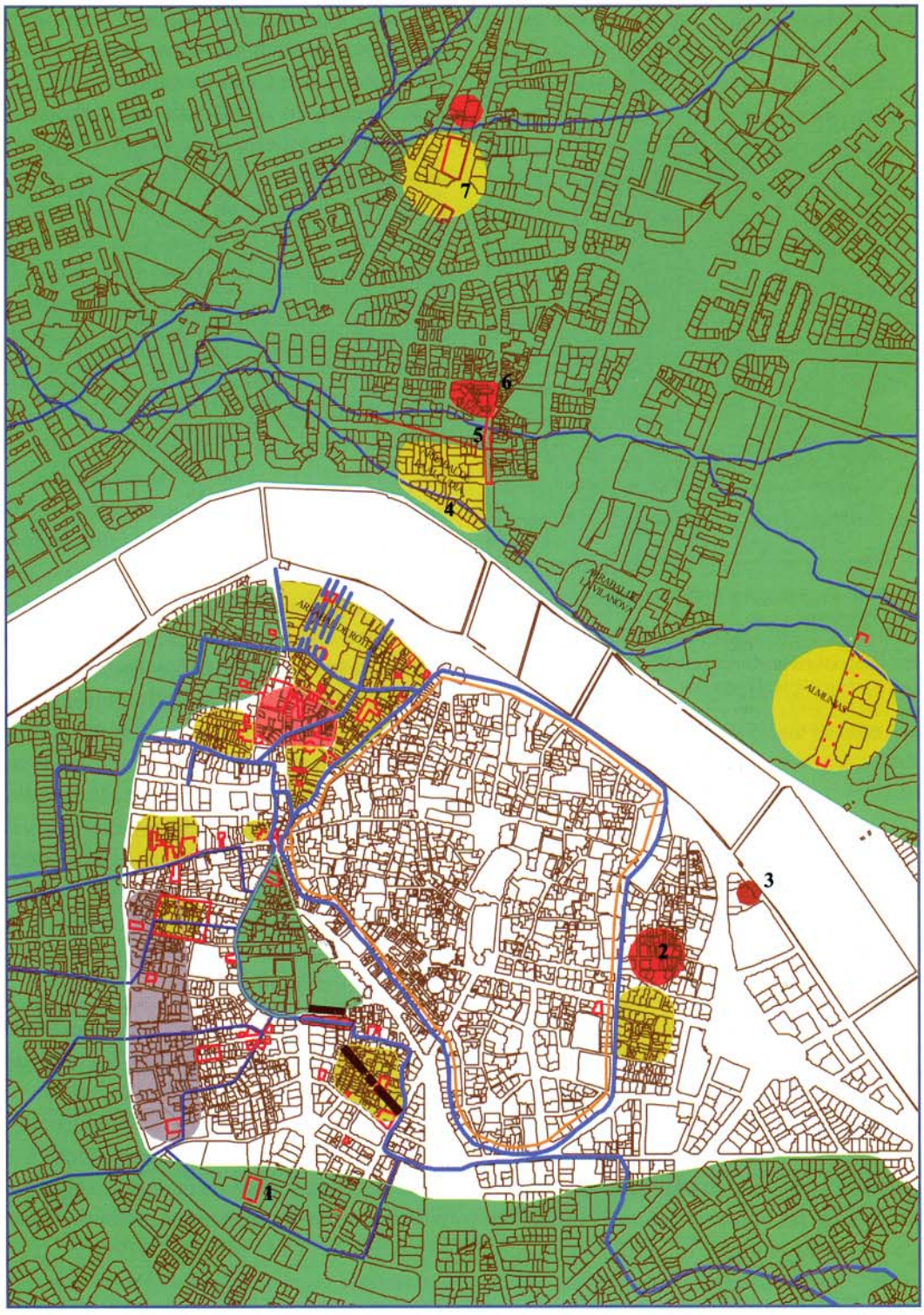

Fig. 1. Plano general del entorno periurbano de Balansiya. En verde, las áreas de huerta, en azul las conducciones hidraúlicas, en amarillo los asentamientos, en rojo las necrópolis. Una línea marrón en la parte superior señala el trazado del acueducto descubierto junto a la calle Sagunto. Una línea roja quiere señalar las intervenciones arqueológicas.

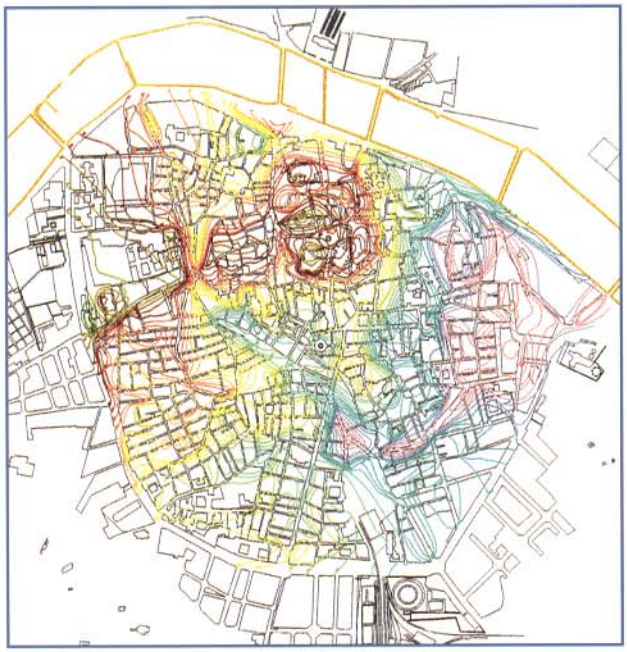

Fig. 2. *Plano General de Valencia y sus Ensanches* de 1894, descompuesto en las diferentes capas de información que contiene y tratado en color. A las curvas de nivel (cuya equidistancia desconocemos) se les ha asignado una gradación de color (marrón, rojo, amarillo, verde, azul y violeta) que representan, de mayor a menor, su cota. Se aprecia con nitidez la loma sobre el que se asienta la ciudad, el angosto collado del Tossal y la depresión de la parte oriental.

ciones aisladas en medio de la huerta, casi inalteradas respecto a la fisonomía que podían ofrecer quinientos años atrás; las acequias, hoy entubadas, son visibles en todo su recorrido, la huerta muestra con nitidez los límites de los campos de cultivo. Son planos de cien años atrás, pero debidamente leídos nos acercan a realidades muchos siglos anteriores.

Con todo, hay que manejarlos con un espíritu crítico. Parte del paisaje que se vislumbraba a principios del novecientos era herencia de periodo islámico, pero mucho de él era producto de las transformaciones producidas después de la conquista cristiana, en ocasiones en épocas muy recientes. Además, el *Plano General de Valencia y sus Ensanches* contiene algunos errores que obligan a usarlo con cierta prevención. Como ya he señalado, contiene curvas de nivel, pero éstas no se dibujaron de acuerdo a los criterios topográficos universalmente aceptados (algunas curvas se enrollan en espiral, otras no acaban de cerrar, etc.) y, además, desconocemos la equidistancia entre las curvas. Con todo, la información que proporciona es de un gran valor, si bien ha sido necesario rectificar todas las curvas aberrantes y realizar ciertos ajustes para poder acoplarlo sobre el plano catastral[3] (Fig. 2). El esfuerzo, a veces muy gratificante, otras menos, ha merecido la pena en todo caso.

El arrabal de Roteros

Dentro de la elevación sobre la que se fundó Valencia, el arrabal de Roteros es el primer espacio periurbano que adquirió una dinámica propia. El topónimo, que aparece desde el *Repartiment*, es sin duda de origen pre-árabe y Rodrigo Pertegás piensa que podría venir de un primitivo "rothorium", esto es, "la balsa o depósito de agua en que se maceran el lino y el cáñamo"[4]. Según este autor, ya en los tiempos anteriores a la dominación musulmana se cultivaban en Valencia el cáñamo y el lino y con este fin se construirían en esta zona las citadas balsas, toda vez que se trataba de un espacio deprimido, "al mismo nivel que el río, por lo que debió ser facilísimo desviar del caudal del Turia la cantidad de agua necesaria para alguna determinada industria".

El barrio de Roteros formaba una especie de triángulo o elipse delimitado al norte por el cauce del Turia, al este por la muralla musulmana y al sur por la acequia de Rovella, que discurría por la calle de la Corona. Si nos atenemos al *Plano General de Valencia y sus Ensanches*, se trata de un espacio en pendiente suave de oeste a este, con algunas hondonadas más acusadas en torno a la plaza del Portal Nou y junto a la

3. Trabajos realizados por Adela López y José Manuel Garriga.
4. Rodrigo Pertegás, J.: Sobre Roteros, *Almanaque Las Provincias*, Valencia, 1915, p. 196.

puerta de Serranos. Esta zona ha sido objeto de numerosas intervenciones en la última década, que nos permiten conocer con bastante exactitud su fisonomía durante el periodo islámico.

Con independencia de la época clásica, de la que apenas tenemos noticias para la zona[5], parece que la colonización del entorno comenzó en época califal con el diseño de un primitivo núcleo de huerta regado por la acequia de Rovella. La hipótesis, que ha sido objeto de varios trabajos[6], viene avalada por el hallazgo de un molino hidráulico junto a la calle Salvador Giner, con una fecha de amortización del siglo X (Fig. 3, nº 1). La vinculación entre los molinos y los espacios irrigados es un hecho de sobras conocido y bien estudiado para la etapa medieval. Como señala Barceló, "los molinos andalusíes acostumbran a cerrar los sistemas hidráulicos complejos", suelen estar "cuidadosamente colocados en la línea donde comienza el exterior del sistema de irrigación; una última acequia conduce el agua a los molinos una vez repartida a todas las parcelas del sistema del cual el molino es subsidiario"[7]. El área de Roteros está atravesada por la acequia de Rovella, que se bifurca en diferentes brazos, uno de los cuales discurre por la calle Salvador Giner. Conocemos el trazado de la acequia gracias a la descripción detallada que hizo Llop en 1675, así como por las pervivencias del sistema en la red actual de alcantarillado y por el hecho de que las ramificaciones principales se fosilizaron en el viario de la zona[8], pero hasta este hallazgo arqueológico desconocíamos en qué momento se puso en funcionamiento. La datación del molino nos permite remontar el diseño del sistema hidráulico –esto es, de la huerta en que estaría enclavado– al periodo califal, coincidiendo con otras remodelaciones del espacio intramuros que parecen apuntar a un una primera recuperación de la dinámica urbana tras la conquista musulmana.

Así pues, durante el siglo X y parte del XI el entorno de Roteros era, muy probablemente, zona de huerta. Las escorrentías –el excedente hídrico del sistema– eran devueltas al Turia entre la plaza del *Portal Nou* y la de los *Furs*, siendo aprovechadas para abastecer unas primitivas instalaciones dedicadas al curtido de pieles[9] instaladas en la periferia del sistema irrigado[10], restos de las cuales se han localizado junto a las torres de Serranos[11].

En el siglo XI, sin embargo, la huerta debió dejar paso a las personas. La Valencia taifa adquirió un desarrolló urbano muy importante, buena prueba del cual fue la construcción de la muralla, pero la ciudad siguió creciendo por arrabales fuera del recinto murado. Uno de los barrios periurbanos mejor conocidos es el de Roteros, gracias a las diferentes intervenciones realizadas allí en la última década y a un sólido análisis de la trama parcelaria realizado por González Villaescusa. La arqueología ha puesto de relieve la existencia de una aglomeración urbana ordenada, con ejes orientados uniformemente y viviendas de tamaño y disposición si-

5.El entorno debía usarse como vertedero, como demuestra el hallazgo, en la calle Tenerías, de un depósito de ánforas de cronología imperial.

6. El hallazgo se dio a conocer por Arnau, B.; Martí, J.: "Agua y desarrollo urbano en madinat Balansiya (Valencia). La excavación de un molino hidráulico de época califal", *British Archaeological Research. International Series* 718, 1998. Hay una versión revisada, incluida con el mismo título en la obra colectiva *Els molins hidràulics valencians. Tecnologia, història i context social*, (Glick, Guinot y Martínez eds.), Valencia, Alfons el Magnànim, 2000, pp. 165-192. Posteriormente fue objeto de una síntesis en Martí, J.; Pascual, J.: "El desarrollo urbano de Madina Balansiya hasta el final del califato", *Ciudad y territorio en al-Andalus*, Granada, 2000, pp. 500-536. Puede verse un resumen en Pascual, J.: "Desarrollo urbano de la Valencia musulmana (siglos VIII-XIII)", *Historia de la Ciudad, recorrido histórico por la arquitectura y el urbanismo de la ciudad de Valencia*, Valencia, ICARO, 2001, pp. 51-62.

7. Barceló, M.: "La arqueología extensiva y el estudio de la creación del espacio rural", *Arqueología medieval. En las afueras del medievalismo*, Barcelona, Crítica, 1988, p.241.

8. Teixidor, Mª J.; Domingo, C.: *Los paisajes del agua*, Valencia-Alicante, 1989, pp. 287-301.

9. Industria que exige un consumo elevado de agua, razón por la cual con frecuencia se instalan en zonas de huerta.

10. Y alejadas de los puntos de captación de agua de la ciudad, para evitar contaminaciones. El abastecimiento público de agua en Balansiya estaba basado en los diferentes ramales de la acequia de Rovella que entraban en la ciudad, así como en las surgencias naturales que existían al sur de la urbe, en el entorno de la Boatella, zona deprimida y en la que afloraban manantiales en diferentes puntos. Sobre la ubicación de las actividades polucionantes en la ciudad islámica, véase Epalza, M.: "Un modelo operativo de urbanismo musulmán", *Sharq Al-Andalus*, 2 (1985), Universidad de Alicante, pp. 137-149.

11. Rosselló, M.: "Evolució i transformació de l'espai urbà des de l'època emiral fins l'època taifa: les excavacions del C/ Comte de Trènor, 12 (València)", *1º Congrés d'Estudis de l'Horta Nord*, Meliana, pp. 57-89. Puede verse el informe de la intervención en *Memorias Arqueológicas y Paleontológicas de la Comunidad Valenciana* (edición en CD), Valencia, Conselleria de Cultura, 1999.

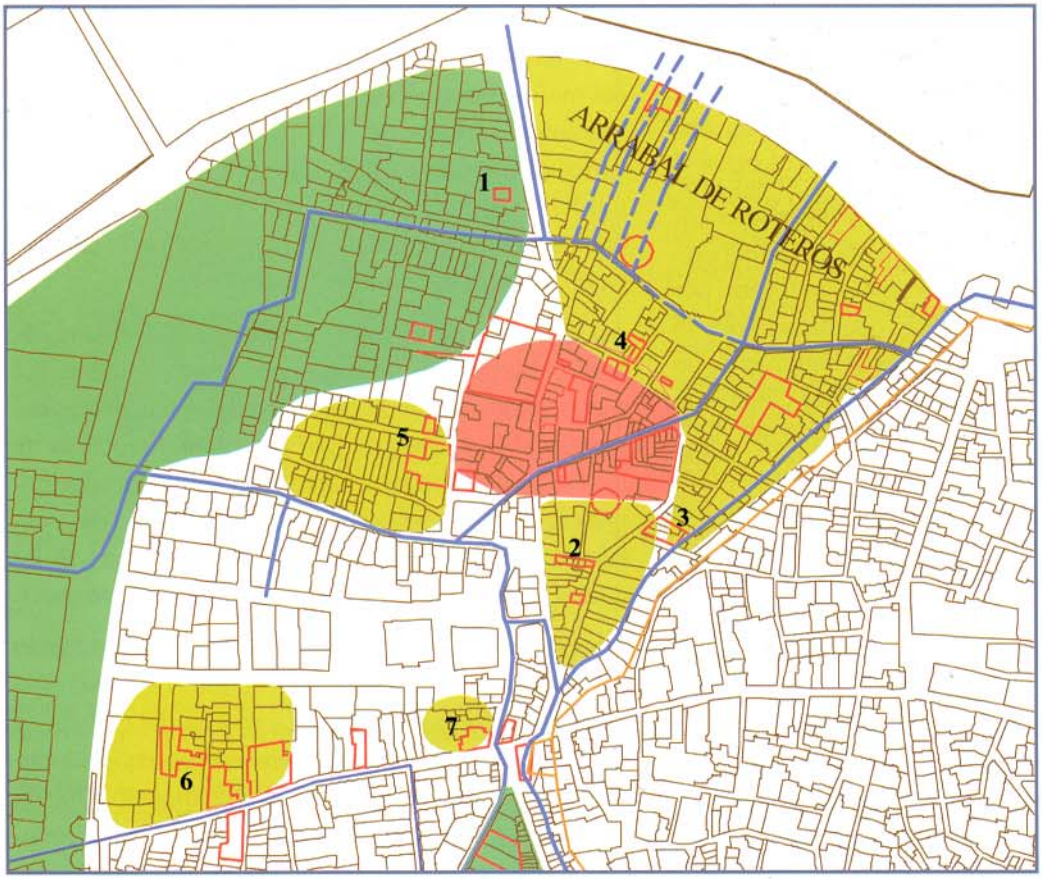

Fig. 3. El barrio del Carmen en época islámica. En amarillo aparecen las áreas urbanizadas, en verde los espacios de huerta, en rojo la necrópoli y en azul las conducciones hidráulicas. Obsérvese el trazado concéntrico de las calles entre Blanquerías y Roteros. En trazo rojo grueso, las intervenciones arqueológicas realizadas.

milar, algo aparentemente ajeno al urbanismo musulmán, que para muchos investigadores todavía se asocia al caos y a la falta de planificación.

González Villaescusa ha demostrado lo falaz de esta creencia, poniendo de manifiesto la existencia de un diseño planificado del barrio, necesariamente concebido y ejecutado por agrimensores. La urbanización se desarrolló "en forma de abanico", dividiendo el terreno mediante arcos concéntricos y radios a partir de un centro que –muy significativamente– debía de estar en la puerta de al-Qantara. La impronta de esta operación, que quedó fosilizada en el viario de la zona, es muy ostensible entre Roteros –eje que sin duda ya existía antes de la urbanización del barrio– y Blanquerías, en calles como Garcilaso, Moret o Padre Huérfanos, y se percibe en la trama parcelaria más hacia el oeste, en especial en el entorno del convento del Carmen[12] (Fig. 3). Por otra parte, la hipótesis ha ido encontrando su verificación mediante las intervenciones arqueológicas que se realizan en la zona, que además nos permiten conocer la fisonomía del barrio y de los espacios domésticos.

Los testimonios arqueológicos ponen de relieve la existencia de calles rectilíneas, con una anchura de

12. Gonzalez Villaescusa, R.: "Análisis morfológico e historia urbana. El barrio del Carmen de Valencia", *Madrider Mitteilungen*, 41, 2000, pp. 410-435.

cuatro metros, y en cuyo centro discurre un canal de evacuación de aguas residuales, al cual desembocan las atarjeas de las casas (Fig. 4). En algunos puntos este sistema de alcantarillado se completa con fosas sépticas excavadas junto a la fachada de las viviendas. Las calles separan manzanas que parecen tener una doble línea de parcelas perpendiculares a la vía, es decir, con viviendas que abren a una calle y con las traseras contrapuestas. A las viviendas se accede directamente desde la calle[13], ingresando en una pequeña estancia que comunica con el patio[14]. Por lo demás, la distribución interior es semejante al que conocemos para las casas del interior de la medina, con habitaciones de planta alargada dispuestas en torno a un patio[15]. En las parcelas más septentrionales del arrabal, en la franja contigua al cauce del río, se ha constatado la existencia de infraestructuras dedicadas al curtido de la piel, actividad que alcanzó una sólida implantación en el barrio hasta bien entrado el siglo XIX, como pone de relieve la toponimia de algunas calles.

Tras una primera fase de actividad en torno a la segunda mitad del siglo XI, el barrio fue destruido por una fuerte avenida del Turia al final de la centuria. Se han encontrado testimonios arqueológicos de esta riada en toda la ciudad[16], pero probablemente en Roteros fue donde más dejó sentir sus efectos por tratarse de una zona baja y contigua al cauce del río. El agua penetró con fuerza en las casas, derribando muros y dejando un potente depósito de arena y gravas en las calles. Tras la catástrofe, el barrio recuperó rápidamente su actividad, pero sin retirar el sedimento arrastrado por la corriente, sino construyendo de nuevo sobre él. A lo largo del siglo XII y primeras décadas del XIII las viviendas de la zona experimentaron la misma evolución detectada en el interior de la me-

Fig. 4. Calle islámica del barrio de Roteros descubierta junto a Blanquerías (foto T. Herreros, Archivo SIAM).

13. González Villaescusa expone en el trabajo citado los postulados teóricos del urbanismo musulmán, según los cuales las calles de la ciudad se estructuran en una jerarquía arborescente "que tiene como finalidad la de ocultar a la visión del *extraño* la vida familiar y privada, dando lugar a un tejido urbano que ralentiza el acceso al no iniciado hasta los lugares de dominio privado". En principio el acceso a las viviendas se produce a través de callejones sin salida –los atzucats–, de carácter privado y que desembocan en una pequeña plazuela a la que abren las puertas de las diferentes viviendas agrupadas cada nódulo urbano, generalmente agrupadas a partir de lazos de parentesco. Este hecho se ha constatado en algunos espacios intramuros y González Villaescusa sugiere identificarlo también en la manzana definida por las calles Garcilaso, Blanquerías, Rocas y Roteros. No obstante, los principios teóricos no siempre se cumplen en la realidad práctica, y las viviendas excavadas en el entorno parecen seguir una pauta de agregación perpendicular a la vía y abren sus puertas a ella, lo que, en cierta manera, pone de manifiesto el carácter semiprivado de estas calles.

14. Herreros, T.: "La ciutat de València a la llum dels ultims vestigis arqueològics", *Afers*, 30 (1998), p. 491-2.

15. Pacual, J. et alii: "La vivienda islámica en la ciudad de Valencia: una aproximación de conjunto", *La casa hispano-musulmana. Aportaciones de la Arqueología*, Granada, Patronato de la Alambra, 1990, pp. 305-318.

16. Véase, por ejemplo, Blasco, J.; Camps, C.; Monraval, M. (1987): "Reconstrucción de viviendas islámicas tras ser destruidas por la riada (siglo XI)". *II Congreso de Arqueología Medieval Española*, Madrid, 1987, pp. 467-476.

dina, apareciendo por ejemplo los patios con canalillos y jardinera central[17], pero percibiéndose una tendencia (todavía por confirmar) a reducir el área artesanal en beneficio de las viviendas. La llegada de las tropas de Jaime I dejó su huella en un nítido nivel de destrucción por todo el lugar; pero, pasado el episodio bélico y desahuciados sus moradores, el barrio recuperó en poco tiempo la dinámica anterior, si bien habitado ahora por colonos cristianos.

No parece que el arrabal de Roteros sufriera transformaciones de su perímetro a lo largo del periodo islámico. En el momento de la conquista cristiana, el barrio arrancaba desde la misma muralla, mientras que al oeste no debía superar la calle de Salvador Giner, junto al Portal Nou, donde el *Plano General de Valencia y sus Ensanches* dibuja una acusada y muy circunscrita depresión (de hecho, las viviendas halladas más al oeste son, por el momento, las excavadas junto a la calle Blanquerías 17). El límite septentrional lo marcaba la margen derecha del Turia, que en época islámica –antes, por tanto, de la construcción de los pretiles– tendría el aspecto de una suave escarpa acabada en una playa formada por los aportes del río.

En cuanto al límite sur, no sabemos si la trama ordenada advertida entre las calles Roteros y Blanquerías se extendía hacia el sur, pues en particular entre la plaza de Santa Cruz y la calle del Cabrito hay una reurbanización bajomedieval –la *Pobla Vella*– que alteró completamente la trama de calles[18]. En la plaza de Santa Cruz se hallaron indicios de viviendas, pero más hacia el sur tan sólo se constatan estructuras de tipo artesanal. Es el caso, por ejemplo del horno de ladrillos y tejas hallado en la calle del Mesón de Morella[19] (Fig. 3, nº2 y Fig. 5)) o de las tenerías excavadas junto al Portal de Valldigna[20] (Fig. 3, nº 3).

Pero, con independencia de esta franja construida, el cierre meridional del barrio de Roteros venía marcado por una extensa necrópolis, que se extendía desde la calle Palma a la plaza de Mossén Sorell y desde la plaza del Árbol a la calle Sogueros. El núcleo fundacional de este cementerio parece situarse en un pequeño altozano enclavado en el entorno de las calles Alta, Juan Plaza y Palma, desde donde el terreno descendía en pendiente suave hacia las calles Sogueros, por un lado, y Baja, por el otro[21]. En esta zona existía la máxima concentración de enterramientos, llegando a distinguirse hasta siete niveles superpuestos de tumbas, mientras que, a medida que nos alejamos del centro, el número disminuía. Partiendo de este hecho, Pascual y Serrano consideran que la necrópolis fue extendiendo su superficie durante los dos siglos de uso, llegando in-

Fig. 5. Horno para la cocción de ladrillos y tejas descubierto junto a la calle del Mesón de Morella (foto P. Guerin, Archivo SIAM).

17. Pascual, J. et alii: Op. Cit.

18. Gonzalez Villaescusa: *Op. cit.*

19. Guerin, P. *Informe de la intervención arqueológica en la calle Mesón de Morella de Valencia*, 1997, original mecanografiado depositado en el SIAM.

20. Burriel, J.: *Excavacions al solar del carrer Portal de Valldigna 20-22 i de Baix 34-36 de València (Memòria arqueològica)* 2000, original mecanografiado depositado en el SIAM.

21. El *Plano General de Valencia y sus Ensanches* dibuja en este punto dos desniveles orográficos, uno de ellos sin acotar y el otro con acotación decreciente, que indica una hondonada. No obstante, ya hemos señalado que el plano contiene errores de apreciación y que, en todo caso, corresponde a la realidad topográfica de finales del siglo XIX. La existencia de una elevación en época islámica quedó completamente atestiguada en las diferentes campañas arqueológicas realizadas en el lugar.

cluso a entrar en conflicto con el área urbanizada[22], como se desprende del hallazgo, junto a la calle Fos, de diversos enterramientos superpuestos a estructuras de hábitat del arrabal de Roteros[23] (Fig. 3, nº 4).

El límite occidental del cementerio, en el momento de su máxima expansión, era la calle Sogueros, y por el este la calle Baja. No parece que llegara a superar la plaza de Mossén Sorell por el sur y el palacio de Pineda por el norte (Fig. 3).

Al oeste de la necrópolis debió seguir existiendo hasta la conquista cristiana un área de huerta, delimitada por las calles de Salvador Giner y de la Corona, espacio que tras la conquista cristiana pasó a ser ocupado por la mancebía. En las excavaciones realizadas en este cuadrante no se han hallado estructuras de época islámica, más allá del molino antes comentado, ni siquiera en la calle Corona, por donde discurría la acequia de Rovella, donde, a partir de la baja edad media, se asentaron numerosos talleres tintoreros y de alfarería.

No obstante, recientemente se ha descubierto en el entorno de las calles Sogueros-Ripalda una aglomeración de viviendas datadas entre los siglo XII y XIII, que presentan rasgos aparentemente urbanos, con muros de tapial de tierra enlucidos y suelos de mortero (Fig. 3, nº 5). En la intervención realizada en la calle Sogueros apareció incluso una calle, recorrida por una canalización subterránea[24], a la que se abren algunas de las casas. En el plano catastral se advierte la existencia en esta zona (en particular a lado y lado de la calle San Ramón) de una trama parcelaria homogénea, con alineaciones aproximadamente perpendiculares a la calle islámica[25], pero la forma alargada de las parcelas remite a modelos de división del suelo bajomedievales.

La aglomeración no llegaba, por el norte, a la calle Dr. Chiarri, y en las excavaciones realizadas en el complejo de la Beneficiencia tan sólo se han documentado fosas y vertederos de época islámica, por lo que no debía llegar hasta allí. A levante la necrópolis antes comentada le servía de límite, mientras que por el sur no es extraño que alcanzara hasta el partidor de la acequia de Rovella en la plaza de Mossén Sorell, aunque las excavaciones realizadas en el entorno no han atestiguado estructuras de hábitat anteriores a la segunda mitad del siglo XIII, ya en época cristiana.

Los alrededores de la C/ Quart

La calle Quart ha sido uno de los ejes de comunicación de la ciudad desde su mismo origen, probable prolongación del *decumanus* romano. Buena prueba de la antigüedad de su trazado es el descubrimiento, a espaldas de las torres de Quart, de una necrópolis fundada a inicios del siglo I a C y que estuvo en uso hasta finales del siglo III[26]. Con posterioridad a este momento, el espacio fue abandonado y no se reocupó hasta época taifa. Desde entonces se documenta la existencia de un espacio urbanizado, con viviendas que responden en sus rasgos esenciales a los modelos conocidos para el interior de la medina; esto es, casas construidas con muros de tapial de mortero o de tierra, con las habitaciones dispuestas en torno a un patio central, en el cual se excava un pozo para el abastecimiento doméstico de agua.

En el caso de la intervención arqueológica de la calle Virgen de la Misericordia (Fig. 3, nº 6), las viviendas islámicas se extienden por toda el área excavada y parecen continuar hacía el norte, lo que indicaría que no estamos delante de un hábitat esporádico vinculado al

22. Pacual, J.; Serrano, M. L.: "Necrópolis islámicas en la ciudad de Valencia", *Saitabi*, 46 (1996), pp. 231-252.

23. Burriel, J.: "Intervenció arqueológica al carrer Fos nº 15 i 17 de València", 1996, original mecanografiado depositado en el SIAM.

24. Información proporcionada por Javier Máñez, director de la intervención, a quien agradezco la deferencia.

25. Oscilan entre los 15º y los 19º N.

26. Roselló, M.; Ruiz, E.; Viñes, A.: "Intervencions arqueològiques al voltant de l'eix viari del carrer Quart. Un exemple de l'evolució de l'espai a la ciutat de València", *Intervenció i patrimoni. Estudis per a la difusió del llegat històric*, Valencia, CDL, 1997, pp. 131-147.

eje caminero, sino ante una aglomeración más densa[27]. Por otra parte, la orientación de las estructuras es discordante con la de la calle Quart pero bastante coincidente con la de la calle Virgen de Misericordia, antiguamente un estrecho *atzucat*, probablemente uno de los ejes articulador de este pequeño barrio. Cabe destacar la existencia de una extensa red de canalizaciones secundarias que comunicaban los diferentes patios con una canal principal, instalada en lo que seguramente debió ser otro vial hoy desaparecido, lo que nos recuerda bastante las infraestructuras que ya hemos comentado para el barrio de Roteros.

Algo más al este se han realizado otras dos intervenciones arqueológicas, una junto a la calle Cañete y otra en la calle Pinzón, que han proporcionado estructuras aparentemente domésticas de esta misma época, incluso con canalizaciones hidráulicas, pero su deficiente grado de conservación no permite aventurar muchas hipótesis sobre su configuración original. Las estructuras halladas en la calle Cañete son, en líneas generales, paralelas a las de la calle Virgen de Misericordia, mientras que las descubiertas en la calle Pinzón parecen orientadas siguiendo el eje caminero de la calle Quart.

Respecto a los límites de esta aglomeración, los trabajos arqueológicos realizados al otro lado de la calle Quart –es decir, a mano izquierda de la misma– han puesto de manifiesto la ausencia de construcciones de época islámica. Como señalan Rosselló, Ruiz y Vives, ello es debido al desnivel existente en este punto, hecho constatado arqueológicamente y que tiene su refrendo en el *Plano General de Valencia y sus Ensanches*. En efecto, todavía hoy existe un desnivel ostensible entre la calle Quart y la calle Murillo, en particular desde la calle Carrasquer hasta el portal de Quart, lo que provocó su tardía urbanización, no anterior a finales del siglo XV, aunque desde siglos atrás se venía rellenando la hondonada al hacerla servir como vertedero, lo que hace pensar que en origen el desnivel sería mucho más acusado. Al oeste, el barrio no debía sobrepasar los límites de la muralla bajomedieval, toda vez que el asentamiento tuvo continuidad tras la conquista cristiana y el recinto levantado en 1356 tenía una clara voluntad englobadora. Al norte del barrio se extendía, al menos desde el siglo XIV el huerto del *tirador*, un amplio descampado usado por los *peraires* para estirar y secar los paños tras lavarlos en la acequia de Rovella[28], y quizás ya tenía una dedicación similar en época islámica, vinculado a la industria textil o a los curtidos. Probablemente sea ésta una hipótesis de difícil comprobación, pues la zona ocupada por el *tirador* es de reciente urbanización y, por lo tanto, no parece probable que se realicen en ella intervenciones arqueológicas de urgencia durante los próximos años.

En cuanto al límite oriental del barrio, con excepción de los trabajos comentados, no son muchos más los datos arqueológicos sobre la calle Quart, lo que nos impide saber si la urbanización seguía a todo lo largo del camino. Al principio de ella, frente a la plaza del Tossal se ha hallado un tramo de lo que parece ser el acueducto romano, con una fase de utilización de época islámica[29], hecho que ha dado pie para algunas reflexiones sobre el abastecimiento de agua a la madina[30]. En el mismo solar se han hallado estructuras islámicas fechadas en el siglo XI, consistentes en dos naves alargadas construidas junto a un gran patio (Fig. 3, nº 7). El tamaño excesivamente grande de las diferentes estancias –en particular del patio–, la ausencia de transformaciones significativas a lo largo del tiempo y la presencia en el interior de las habitaciones de determinadas estructuras –un pozo, una balsilla– más propias de otros emplazamientos, plantean dudas sobre el carácter doméstico del edificio y llevan a pensar que posiblemente se trata de alguna instalación artesanal o, incluso, de un edificio de uso público.

27. Roselló, M.; Ruiz, E.; Vuñes, A.: Op. Cit., pp. 133-135.
28. Cruilles, V. S. (marqués de): *Los Gremios de Valencia: Memoria sobre su origen, vicisitudes y organización*, Valencia, 1883, pp. 156-157.
29. Herreros, A.: *Intervención arqueológica en la C/ Quart 4 y 6 de Valencia*, informe mecanografiado depositado en el SIAM, 1996.
30. Martí, J.; Pascual, J.: El desarrollo urbano.

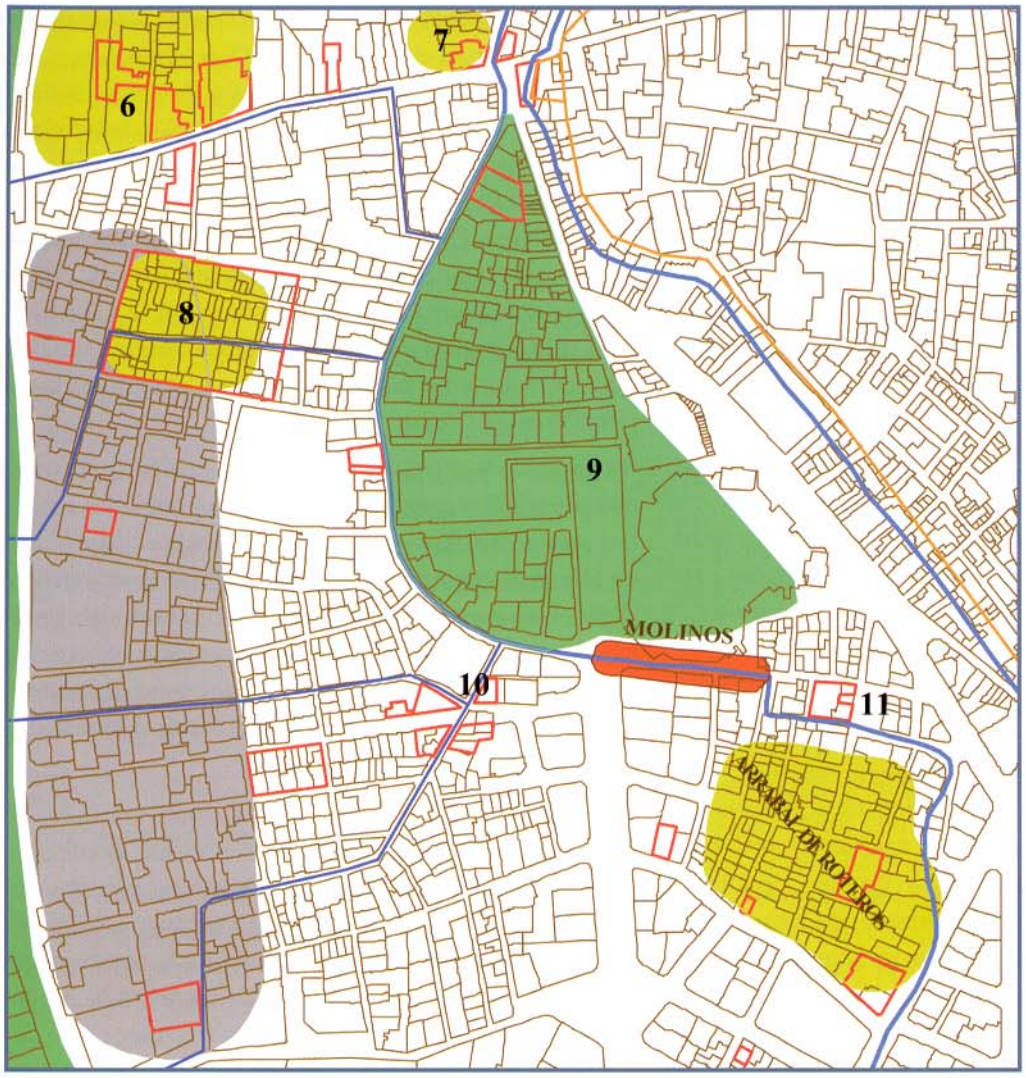

Fig. 6. El barrio de Velluters en época islámica. En amarillo aparecen las áreas urbanizadas, en verde los espacios de huerta, en azul las conducciones hidráulicas, en marrón el tramo donde se ubicaban molinos. La amplia faja gris a poniente señala la zona donde se han localizado hornos para materiales constructivos de época islámica. En trazo grueso las intervenciones arqueológicas realizadas.

Los antecedentes del barrio de Velluters

Al sur de la calle Quart se debía de extender en época islámica una plataforma algo más baja, en suave pendiente hacia el SE. Aquí se ha excavado recientemente un enorme solar, delimitado por las calles Murillo, Lope de Rueda y Pintor Domingo, que ha deparado el hallazgo de estructuras de hábitat islámicas muy arrasadas por construcciones posteriores. A pesar de las pocos elementos conservados, se intuye un trazado regular del espacio, articulado en torno a una calle. El asentamiento se produjo muy probablemente a inicios del siglo XI, pero finalizó bruscamente con la centuria, y pasada esa etapa, el área quedó abandonada para no volver a ser urbanizada hasta la baja edad media[31] (Fig. 6, nº 8).

31. Agradezco a Remedios Martínez, arqueóloga coordinadora de la intervención, los datos proporcionados, extraídos de la memoria de los trabajos, en curso de publicación.

En el resto del barrio de Velluters no parece que existieran más asentamientos de época islámica. La zona estaba recorrida por una red de canales, derivaciones de las acequias de Rovella y Favara, que se han fosilizado en el viario posterior. La Rovella, después de regar el sector de Roteros y abastecer el valladar de la muralla, se introducía por la calle Moro Zeit para describir un amplio arco por las calles de Santa Teresa y Pie de la Cruz siguiendo aproximadamente la curva de nivel. El objetivo más que probable de esta incurvación era diseñar un espacio irrigado en pendiente hacia la vaguada del mercado, de unas cuatro hectáreas, al final de la cual se instalaron varios molinos, como luego veremos. Algunas intervenciones realizadas en el interior de este espacio testimonian, en efecto, la ausencia de estructuras de hábitat, salvo para momentos muy tardíos y siempre con escasa definición[32], lo que nos refuerza la idea de que estamos ante una zona de huerta (Fig. 6, nº 9).

A mayor abundamiento, el trazado de las calles que quedan al interior de este espacio parece sugerir un proceso de parcelación semejante al que ha estudiado González Villaescusa para la zona de Roteros y que ya hemos visto anteriormente, pero en este caso para lotizar campos de cultivo. Las calles Monjas, Carda, Valeriola, Eixarchs y Belluga, así como las traseras de las viviendas que quedan en el interior de las manzanas definidas por ellas, dibujan una línea quebrada, una suerte de incurvamiento hacia el norte que pudiera responder a una parcelación trazada a compás desde un punto situado en el Tossal –probablemente la puerta de Bab al-Hanas– y de la cual aquellas serían los ejes. Las medianeras de las casas vienen en apoyo de la hipótesis, pues tienen una disposición radial que apunta hacia el mismo centro.

Al oeste de esta área el espacio estaba recorrido por diversos brazales de la acequia de Favara, separados del canal madre a poco de su inicio. Por la calle Quart venía el primer *roll*, el cual desaguaba en el cajero de Rovella a la altura de la calle Rey Don Jaime. Unos metros más abajo, por la calle de Lope de Vega, corría el segundo, que giraba a levante por la calle de Tejedores –donde debía atravesar el barrio descrito anteriormente– y caía finalmente a la Rovella a la altura de la calle Santa Teresa. Un tercer canal corría por la calle del Triador hasta llegar a la esquina de la calle Balmes, donde empalmaba con el brazo que venía por la calle Maldonado (antiguamente de la Acequia podrida) para desaguar juntos en el canal de Rovella a la altura de la calle Pie de la Cruz[33].

Restos del primitivo cajero que discurría por la calle Maldonado o quizás de una balsa de molino contigua al mismo acaban de ser descubiertos en una excavación en la esquina de la calle Guillem Sorolla (Fig. 6, nº 10). Se trata de un muro de tapial de hormigón construido contra el talud del terreno, y que ha aparecido amortizado por un nivel de limos y arenas, todavía en curso de excavación, pero que parece arrojar una cronología de época islámica tardía[34].

Por debajo del antiguo Hospital General corría un último brazo para llegar a la calle Sant Vicent, desde donde giraba al norte para confluir también con el canal de Rovella. Las excavaciones realizadas en el solar del Hospital General como paso previo a la construcción del MUVIM permitieron localizar este ramal, documentándose un cajero de más de tres metros de anchura, excavado directamente en el terreno aunque con un muro de refuerzo en el margen izquierdo[35].

Estos son los brazales documentados de la acequia de Favara en el barrio de Velluters, aunque la forma del viario parece sugerir la existencia de algún otro, en particular en las calles Balmes y Hospital. Ahora bien, comparados con la acequia de Rovella hay rasgos que resultan discordantes en los brazales de Favara: su tra-

32. Moral Pascual, F.: *Informe de la intervención arqueológica realizada en el nº 6 de la calle Moro Zeit (Valencia)*, Informe mecanografiado depositado en el SIAM.

33. El recorrido de las acequias se ha tomado de Teixidor y Domingo: Op. Cit.

34. Agradezco a Lourdes Roca, directora de la excavación, por haberme invitado a ver la citada estructura.

35. Burriel, J.; Rosselló, M.: "La intervención arqueológica en los terrenos del antiguo Hospital General de Valencia", *De hospitium, folls i malats*, Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 2002.

zado es rectilíneo, no buscan la curva de nivel para abarcar la máxima área posible de irrigación, sino que atraviesan la pendiente en sentido transversal; corren muy juntos, apenas sin terreno entre ellos; y, lo que es más importante, todos desaguan en el canal de Rovella en el arco definido entre las calles de Moro Zeit y Pie de la Cruz. Más que acequias de irrigación propiamente dichas, parecen caídas del canal principal con algún otro fin, quizás para abastecer el asentamiento de las calles Murillo-Pintor Domingo o para proporcionar agua a las alfarerías de ladrillos y tejas documentadas en la franja más externa del barrio al menos desde el siglo XIII. No obstante, desde una visión más global del diseño del espacio hidráulico lo más probable es que su objetivo sea incrementar el caudal de la acequia de Rovella antes de llegar a la altura del Mercado Central, donde sabemos de la existencia de varios molinos, a fin de conseguir la fuerza motriz suficiente para accionar su maquinaria, como veremos de inmediato (Fig. 6).

En el entorno de la Boatella

Los alrededores del Mercado Central fueron durante el bajo imperio una extensa área de necrópolis[36] surgida en un espacio deprimido, la *Boatella*, en la terraza meridional de lo que se ha interpretado como un paleocauce del Turia[37]. Tras una larga etapa de abandono, en el lugar se desarrolló a partir del siglo XI una aglomeración de rasgos poco definidos, delimitada al este por el camino de Sant Vicent y al norte por la acequia de Rovella, posiblemente principio motor del asentamiento. La acequia cruzaba desde Pie de la Cruz hasta la plaza del Ayuntamiento por las calles del Gall, Calabazas y Cedaceros para girar por la Plaza dels Porxets, Ripalda y Sangre[38].

Los escasos testimonios arqueológicos de que disponemos nos hablan de un asentamiento poco asimilable a los parámetros urbanos que conocemos para el interior de la medina o para Roteros, en particular por el predominio de los espacios abiertos, la baja densidad constructiva y la ausencia de los elementos arquitectónicos ornamentales que caracterizan la etapa islámica final. Tampoco parece corresponderse con ningún modelo de instalación artesanal. Se trata, por lo que sabemos hasta ahora, de una aglomeración esencialmente rural, que sólo a principios del siglo XIII comenzó a transformarse en espacio residencial por la presión demográfica de la urbe.

Esta evolución queda, a mi entender, perfectamente demostrada en una dilatada excavación realizada en el último lustro a espaldas de la plaza de la Merced (Fig. 6, nº 11). En ella, cubriendo los enterramientos bajoimperiales se halló un nivel de tierra con muy pocos elementos construidos a excepción de un muro –que atravesaba el solar de este a oeste– interpretado como el contrafuerte de contención de un barranco, así como diversos pozos y fosas; este nivel quedó amortizado finalmente por estructuras de carácter doméstico que correspondian a una ocupación de principios del siglo XIII[39]. En su fase intermedia el lugar parece corresponderse con un espacio agrícola, una parcela de huerta. Pero si profundizamos algo más en las estructuras descubiertas y las analizamos a la luz de las referencias históricas y planimétricas, podríamos incluso aventurar algunas hipótesis sobre el paisaje del entorno.

36. Soriano, R.: "El cementerio romano meridional: nuevos y viejos datos", *Saitabi* 46, 1997, pp. 101-122.

37. CARMONA, P.: *La formació de la plana al·luvial de València*, Valencia, 1990.

38. Este trazado no debió de ser el único que ha tenido la acequia en este punto a lo largo de la historia. De hecho, sabemos que antiguamente su cajero discurría por la calle Aluders –donde existía una tenería de este gremio– hasta que en 1782 se modificó el curso para hacerlo entrar por la plaza dels Porxets y la calle Ribalta (Cruilles, 1883: 108), tal y como aparece en el *Plano General de Valencia y sus Ensanches*. Teixidor y Domingo proponen un trazado algo diferente, que iría desde Pie de la Cruz a la calle Adreçadors, para desembocar igualmente en Sant Francesc, pero no creemos que se trate de un error en sus fuentes, sino más bien del trazado de un segundo ramal de la acequia.

39. López, I.; Sanchís, E.: *Informe de la intervención arqueológica entre las calles Calabazas, Itálica, Popul y plaza de la Merced de la ciudad de Valencia. Fase III*. Original mecanografiado depositado en el SIAM.

Si nos fijamos en el *Plano General de Valencia y sus Ensanches*, vemos que la acequia de Rovella discurre a pocos metros al sur del solar, exactamente con la misma alineación que el largo muro comentado, y que su curso define una anomalía, un brusco quiebro, poco antes de llegar al solar. La causa más razonable de este cambio de dirección es la presencia allí del molino de Na Rovella, que ya existía en el momento de la conquista pues aparece citado en el *Repartiment* como "duos casales molendinorum cum quatuor rotis" que "sunt ad Boatellam", concedidos a Berenguer Revel y su hijo, de donde debió tomar su nombre la acequia[40]. En el solar excavado, en los niveles correspondientes a los siglos XI y XII, se hallaron diversos canales que vertían –con gran pendiente– al supuesto barranco, además de –y ello es particularmente significativo– una rueda de molino reutilizada para taponar un pozo. Con estos elementos de reflexión es lícito interpretar el contrafuerte de contención del barranco como parte de un primitivo cajero de la acequia y los canalillos en pendiente como los aliviaderos de un bancal de huerta por donde desaguaba el agua sobrante a la acequia. La perdida de cota del curso de agua a que obliga el funcionamiento de un molino explica la diferencia entre el campo cultivado y la acequia contigua.

En una fase más avanzada el cajero se cegó, seguramente por alguna remodelación de la acequia que justificó la excavación de un nuevo canal más al sur, hecho muy habitual en este tipo de construcciones, muy expuestos a las inclemencias climatológicas o a los desastres naturales, pero el espacio siguió vinculado a la explotación agrícola. La transformación sobrevino a principios del siglo XIII, con la edificación de diversas estructuras, claramente domésticas, que evidencian la reducción del espacio rural por el crecimiento del área de habitación.

En opinión de Carmen Barceló, el núcleo de la Boatella[41] estaba rodeado por un muro con dos puertas, y en sus alrededores existía un cementerio, pero hasta la fecha no se ha encontrado la evidencia arqueológica de estas referencias. Por su parte, la *Crònica* de Jaime I describe algunos elementos que conformaban el paisaje a levante del arrabal de la Boatella: desde el portal de la alquería de Russafa, recién tomada, y en el tono personal de su relato, Jaime I narra como ve al monarca musulmán, Zayyan, con sus tropas "en una torre, que es en la mijania entre Valencia e Ruçafa, on ha unes roques, e ajusta-s'hi aigua quan plou o de les sèquies..."[42]. El lugar, que podría estar situado en la plaza del Ayuntamiento o al principio de la calle Russafa, coincide con la *Walaya* que describe Ibn al-Abbar[43]. Por desgracia no se han hallado restos arqueológicos de esta torre.

La única torre externa al recinto amurallado documentada arqueológicamente es la descubierta hace poco tiempo en el solar del antiguo Hospital General. Los restos hallados consisten en un sólido muro de 22 m de longitud, con un grosor de dos metros, que parece definir una estructura de planta cuadrangular, construida en tapial de hormigón con sillares en las esquinas (Fig. 1, nº 1). No se han encontrado más estructuras asociadas, lo que sugiere que la construcción se levantaba aislada en medio de los campos de cultivo, éstos sí, atestiguados por la presencia, algunos metros más al sur, del ramal de la acequia de Favara ya comentado[44]. Sus descubridores interpretan la construcción como una "torre de defensa aislada de

40. *Repartiment, regestrum II*, entr. 2268. La referencia ya fue advertida por Rodrigo Pertegás, quien sugiere, con acierto, que la acequia tomó su nombre de los propietarios de los molinos (Rodrigo Pertegás, 1916).

41. Barceló, C.: "Valencia islámica. Paisaje y espacio urbano", *Historia de la ciudad. Recorrido histórico por la arquitectura y el urbanismo de la ciudad de Valencia*, Valencia, ICARO, 2000, pp. 43.

42. Sol de Vila, F.: *Crònica o Llibre dels Feits de Jaume I*, Barcelona, Edicions 62, 1982, cap. 258.

43. Huici Miranda, A.: *Historia musulmana de Valencia y su región*, Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 1969.

44. Burriel, J; Rosselló, M.: Op. Cit.

la ciudad islámica, quizá protegiendo el camino de acceso desde el sur, antigua Vía Augusta, y puerta meridional de la Boatella". Ciertamente su robustez lleva a pensar de inmediato en una edificación castral y en concreto en las torres de alquería que encontramos diseminadas por la Huerta, si bien éstas son de dimensiones mucho menores[45]. Este hecho, unido a la excesiva distancia de la torre al camino, me plantea algunas dudas sobre su funcionalidad, llevándome a pensar en la posibilidad de que se trate de una edificación asociada a un rafal, muchos de los cuales contaban con su propia torre, o incluso una construcción diferente, dentro del contexto de una almunia.

La fachada de levante de la ciudad

Sobre la franja oriental de la ciudad son muy pocas las referencias arqueológicas que tenemos para la época islámica. La orografía dibuja una amplia depresión, que comenzaba en la parte norte de la plaza del Ayuntamiento (la antigua "Baixada de Sant Francesc"), seguía por la calle Barcas (donde estaba en el siglo XIV la "bassa de les granotes"[46]) y finalizaba en los alrededores del Parterre y la Glorieta. Debía de ser un espacio marjaleño, alimentado por los manantiales de la Boatella y difícil de explotar agrícolamente. La acequia de Rovella, que ya no se bifurca en nuevos brazos, probablemente servía en esta zona de canal de drenaje para canalizar los excedentes hídricos.

Respecto al arrabal de la Xarea (del árabe *Sari'a*, oratorio al aire libre al exterior de la muralla), que Barceló sitúa *grosso modo* en los alrededores de la calle Bonaire, no hay evidencias arqueológicas. No obstante, se ha documentado la existencia de un área de necrópolis que pudo estar vinculada al barrio en los alrededores de la calle Conde de Montornés[47] (Fig. 1, nº 2).

Completando la vuelta a la medina, junto al convento de Santo Domingo, se han hallado indicios de la existencia de un posible embarcadero fluvial de época paleo-islámica, muy arrasado (Fig. 1, nº 3). A casi cinco metros del nivel de suelo actual se descubrió una serie de postes de madera y agujeros de postes que delimitaban una gran lengua de limos y lodos que invadían el estrato arenoso aluvial. Algunos metros más al norte, en una excavación contigua se hallaron varias piedras de gran tamaño groseramente trabajadas, aparentemente desplazadas de su posición por la fuerza de alguna avenida. Ante la ausencia de restos muebles de ningún tipo que ayudaran a fecharlo, se recogieron muestras de madera para analizarlas mediante C^{14}. El análisis radiocarbónico proporcionó una fecha de 1350 ±45 BP, que, debidamente calibrada, sitúa la muestra entre los años 628 y 780.

Al hallazgo, ya de por sí sorprendente, de un embarcadero fluvial, se une la datación del mismo, a finales del periodo visigodo o en las primeras décadas de dominio islámico, una etapa de la que apenas sabemos nada de la ciudad. En todo caso, parece evidenciar la existencia de algún tipo de intercambio en un momento en que pensábamos que la dinámica urbana estaba prácticamente suspendida.

Al norte del Turia

Al norte del Turia discurría el camino que iba hacia Sagunt y Teruel, herencia de la antigua Vía Augusta. En torno a él se configuró en época islámica un importante arrabal, conocido como la *Alcudia*, que el Cid destruyó en 1091. En diversas excavaciones realizadas al principio de la calle Sagunt se han encontrado testimonios de este barrio conformado hacia finales del siglo X o principios del XI en el espacio configurado entre las ace-

45. "D'une manière générale, les dimensions habituelles, pour le plus grand côté, se situent entre 5'90 m et 6'20 m", excepto algunos casos excepcionales: "à Silla ou à Torrente, trouve-t-on des édifices, sans constructions adjacentes importantes ayant des côtés de 13 m à 16 m" (Bazzana, Cressier y Guichard, 1998: 120)

46. Rodrigo Pertegás, J.: *La urbe valenciana en el siglo XIV*, Valencia, 1924, p. 52.

47. Marín Jordá, C.: "Intervención arqueológica en el interior del edificio situado en la C/ Conde de Montornés 8 (Valencia)", *Memorias Arqueológicas y Paleontológicas de la Comunidad Valenciana*, 0 (1999), edición en CD.

quias de Algirós (que cruzaba y cruza la plaza de Santa Mónica, delante mismo de lo que fuera, en época musulmana, el puente de Alcántara) y de Rambla (que discurre por la calle Lleida). El hallazgo de un adarve o callejón islámico de trazado rectilíneo y perpendicular a la calle Sagunt, al que se abren viviendas a lado y lado me lleva a pensar en un diseño planificado del barrio, de acuerdo a una trama regular. Las viviendas excavadas son muy sencillas, con muros de tapial de tierra o de mortero, y suelos de cal[48] .

Seguramente el área urbanizada acababa antes de la calle Lleida, pues en este punto se han encontrado los restos de un acueducto que, parece lógico pensar, correría por fuera del núcleo habitado. El hallazgo consiste en diversas pilastras hechas con sillarejo de piedra toba, que sostendrían las arcadas de un acueducto elevado perpendicular a la calle Sagunt (Fig. 7 y Fig. 1, nº 5). Hay que descartar un uso agrícola para esta construcción, toda vez que los terrenos comprendidos entre la acequia de Rambla y el río quedaban suficientemente abastecidos por este canal o por el de Algirós, brazales ambos de la acequia de Mestalla. Por la dirección que lleva, el acueducto debía tomar el agua de un partidor situado sobre la acequia de Rambla a la altura de la calle Visitación o al principio de la calle Lleida, con el objeto de transportarla con la menor perdida posible de cota hasta alguna almunia cercana. El gusto musulmán por la estética visual y sonora del agua es de sobras conocido, pues es motivo frecuente de inspiración en la poesía andalusí; además, hay testimonios arqueológicos que demuestran la existencia de albercas y canalillos en los que se hace uso de juegos de agua, para lo cual es necesario contar con un flujo a presión, lo que explicaría la necesidad de construir conducciones hidráulicas elevadas en ambientes de huerta.

Al norte de la acequia de Rambla se extendía una necrópolis que debía de llegar al menos hasta la calle Orihuela (Fig. 1, nº 6). Hasta la fecha se han excavado más de quinientos enterramientos que siguen las pautas funerarias habituales. Lo sorprendente es que las tumbas atraviesan la calle Sagunt y se extienden bajo la manzana de casas existente a mano derecha de la calle[49], lo que nos lleva a cuestionar el trazado de la Vía Augusta en este punto. La evidencia requiere una reflexión cuidadosa a cargo de especialistas en el tema, pero a título de sugerencia, quizá haya que poner la mirada en la calle de Sant Guillem, que prosigue un azagador que a principios del siglo XX comunicaba el inicio de la calle Sagunt con el camino de Alboraia, nítidamente dibujado en el plano de Mora.

Las viviendas excavadas en el arrabal de la Alcudia no parecen alcanzar el umbral del siglo XII. Por encima de las estructuras de hábitat aparecen fosas y rellenos que testimonian un uso ajeno al residencial, posiblemente vinculado a la explotación agrícola. Parece obvio poner en relación esta circunstancia con las referencias históricas que nos hablan de la destrucción del barrio por el Cid en el curso del asedio a la ciudad en 1091. El texto de la *Primera Crónica General* es muy explícito en este punto: "Et quando fue el Çid seguro que los almoravides non vinien, tornosse a su posada a la huerta, et mando robar et mando robar los arravales de la villa... Et derribaron todas las casas, et allanaronlas, et non finco de derribar sinon lo que se podrie defender con saetas; et aquello que non osavan derrivar, yuan de noche et davanle fuego; et quando vieron los moros que así los astragavan, salieron et tomaron toda la madera et metieronlo a la villa"[50].

Si el principio generador del arrabal de la Alcudia era la Vía Augusta –por más que ésta pasara algunos me-

48. Martinez, R.: *Intervención arqueológica en la calle Sagunto 11 (Valencia)*. Informe mecanografiado depositado en el SIAM.

49. Agradezco la información facilitada por Javier Máñez, director de la intervención arqueológica que actualmente se está llevando a cabo sobre la misma calzada de la calle Sagunt.

50. *Primera Crónica General*, edición crítica a cargo de Menéndez Pidal, Madrid, 1905, p. 575.

tros al este o al oeste de la actual calle Sagunt–, el verdadero motor del barrio, como de toda la franja intensamente habitada que se extendía entre Campanar y Benimaclet, era la red de canalizaciones que la recorrían y las actividades agrícolas e industriales que se apoyaban en ella[51]. El espacio al norte del Turia (en términos geográficos, el interfluvio Turia-Carraixet) estaba atravesado por tres acequias: la de Tormos, que regaba Campanar, Burjassot, Marxalenes Borbotó, Tavernes Blanques y Carpesa; la de Mestalla, la mayor de los canales de la huerta después de la Real Acequia de Moncada, responsable de casi todo el regadío de las tierras comprendidas en una amplia franja entre Campanar y la costa; y la de Rascanya, conocida en época islámica como de *Isba*, probablemente la de más tardía construcción, pues se encargaba de irrigar los intersticios entre los canales anteriores, en especial la zona de Orriols, Alboraia i Almàssera.

En una excavación en la calle San Juan Bosco, a pocos metros del monasterio de San Miguel de los Reyes, se ha localizado el cajero de la acequia de Rascanya[52]–en concreto el brazo del *Martell*–, el cual abastecía un molino cercano (ignoro si de origen islámico) enclavado en la calle Santiago Rusiñol, para dirigirse luego a la alquería de Rascanya, que da nombre a la acequia desde la baja edad media. Restos de esta alquería, muy alterados por las construcciones posteriores, fueron localizados bajo el claustro del monasterio citado, incluyendo una estructura hidráulica no muy bien definida, tal vez una balsa o incluso parte del propio cajero de la acequia[53]. La acequia de Rascanya, además, tenía un brazal (conocido como de *Alaxar*) que discurría contiguo al cauce del Turia –por lo tanto sin tierras que regar–, destinado a mover las ruedas de diferentes molinos. Aunque hay numerosas referencias históricas que hacen alusión a él, se desconoce su trazado exacto y no hay evidencia arqueológica del mismo.

Si las acequias eran el motor de un distrito agrícola esencial para la ciudad por abastecerla de alimentos y ser fuente de ingresos fiscales, los caminos eran las arterias que canalizaban esos flujos entre la ciudad y su *hinterland*. Tres eran los caminos principales al norte de la ciudad: el de Alboraia, el de Sagunt –del que partía el de Montcada–, y el de Llíria; no obstante, la elevada densidad de alquerías y lugares habitados del entorno daba lugar a una tupida red de caminos menores que recorrían la huerta en toda su extensión. Acequias y caminos definían la trama de una densa malla que articulaba el territorio. Puestos sobre ella –haciendo uso, en este caso, del plano del Ensanche de Mora– cobran sentido los datos arqueológicos que, poco a poco, vamos conociendo sobre el entorno.

Es el caso por ejemplo de la alfarería descubierta en la calle Sagunt, emplazada en el triángulo formado por dicha vía, el camino de Montcada y el brazo de Guatla de la acequia de Rascanya (Fig. 1, nº 7). El lugar debió tener un significado especial desde antiguo, pues en los niveles inferiores se hallaron diversas monedas ibéricas del siglo II a. C.[54] y en un solar contiguo se descubrieron varias fosas con material cerámico de esta misma época, interpretadas por sus excavadores como de carácter votivo[55]. La alfarería estuvo en funciona-

51. Los párrafos que siguen están basados en Mangue, I.: *Marxalenes: de alquería islámica a barrio de la ciudad de Valencia*, Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 2001. Una sólida síntesis geográfica e histórica que supera en mucho los estrictos términos del barrio de Marxalenes para convertirse en una reflexión global, polifacética y erudita sobre la evolución del territorio comprendido entre el río Turia y el barranco del Carraixet.

52. Burriel, J.: *Excavacions al carrer san Juan Bosco 94 de València (Orriols, L'Horta Nord)*, memoria de excavación inédita depositada en el SIAM.

53. Agradezco a Concha Camps, directora de la intervención, la información facilitada.

54. García Villanueva, I.; Ruiz Val, E.: *Informe de la intervención arqueológica realizada en los solares de la C/ Sagunt, 127-133 de Valencia*, Informe mecanografiado depositado en el SIAM.

55. Rosslló, M.; Matamoros, C.: *Informe de la intervención arqueológica realizada en la calle Pastor Fuster nº 1 de Valencia*, Informe mecanografiado depositado en el SIAM. No cabe duda de la antigüedad de la Vía Augusta, pero es probable que el camino de Montcada sea todavía anterior, pues vistos sobre la trama catastral se aprecia claramente que es aquélla la que se adapta o incorpora al itinerario de éste entre la calle Maximiliano Thous y la plaza de Santa Mónica.

Fig. 7. Bases de las pilastras de sustentación de un acueducto halladas en una excavación en la calle Sagunt esquina a Lleida (foto J. Burriel, Archivo SIAM).

Fig. 8. Vivienda rural en el Riff. Obsérvese el amplio patio, usado como ámbito plurifuncional, y el andén cubierto, espacio productivo y de descanso al mismo tiempo (foto J. Pascual, archivo particular).

miento desde finales del siglo XI hasta –probablemente– la conquista cristiana, y producía cerámicas utilitarias, tanto alfarería de basto como piezas vidriadas[56]. Al otro lado del camino de Montcada se hallaron estructuras de habitat que parecen vinculadas con la instalación artesanal. Aunque muy arrasadas, nos dan una idea de lo que pudo ser la vivienda en un entorno periurbano: habitaciones dispuestas en torno a un gran patio interior o corral provisto de amplios andenes, que, a juzgar por paralelos actuales en el Riff, es tanto ámbito de trabajo como de almacenamiento (Fig. 8). Al norte de la alfarería, separada de ésta por la acequia de Guatla, se extendía una necrópolis, seguramente utilizada tan sólo por el barrio alfarero.

Se configuran así dos aglomeraciones claramente diferenciadas, una, la *Alcudia*, en el inicio de la calle Sagunt, que debió abandonarse hacia finales del siglo XI, y otra, el barrio alfarero, en torno al cruce de la calle Sagunt con la de Maximiliano Thous. Al oeste de esta zona existían otros muchos asentamientos, que aparecen en el *Repartiment* como alquerías o *rafals*. Es el caso de Campanar, alquería de la que se documentaron algunas estructuras en las excavaciones realizadas en el camino del Pouet, o de otras muchas de las que por el momento tan sólo conocemos su nombre, como Çahadia, Beniahatan, Beniataf, Marchielena. Hacia la parte de levante, en la franja contigua al río, estaba el arrabal de la Vilanova, del que no tenemos evidencia arqueológica, y más allá debían de existir diversas almunias, fincas de recreo construidas por la oligarquía de la ciudad en las que se combinaban las zonas de jardín con las de huerto. En la calle General Elio, por de-

56. Ruiz Val, E.; .Garcia Villanueva, I.: Valence: les ateliers de potiers d'époque islamique du 127, rue Sagunto, *Le vert et le brun. De Kairouan à Avignon, céramiques du Xe au XVe siècle*, Marsella, Musées de Marseille, 1995, p. 30.

57. Pascual, J.; Martí, J,: "Almunias y espacios periurbanos", *Guía arqueológica de Valencia*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1989, pp. 80-82.

bajo de las ruinas del Palacio Real, apareció una de estas almunias, en la que destacaba un gran patio rectangular delimitado por andenes que enmarcaban un jardín interior, con una pequeña alberca en su extremo y una acequia que lo atravesaba[57].

Conclusiones

Analizado desde la óptica de la historia urbana, la ciudad intramuros y su entorno periurbano forman un todo indisociable y necesariamente complementario para entender su evolución a lo largo del tiempo. Cada vez aparece más nítido el papel articulador de la acequia de Rovella, tanto dentro de la medina como en su entorno inmediato, verdadero motor de la reactivación urbana iniciada por Balansiya a partir del califato. El trazado de Rovella se diseñó con precisión para irrigar áreas de huertas en el entorno de Roteros y de la Boatella, para mover molinos en ambos puntos y para abastecer barrios residenciales e instalaciones industriales, quizás incluso para drenar las zonas bajas al este de la ciudad. Dentro de una concepción del espacio hidráulico global, se desviaron varios brazales de la acequia de Favara para incrementar el caudal de aquella además de sostener industrias, aglomeraciones urbanas y quizás pequeñas huertas en el entorno de Velluters.

Sobre esta infraestructura y sobre la trama de caminos –que en la mayoría de casos vino por herencia de la época clásica– la urbanización cobró vida a partir del siglo XI. Se diseñó el barrio de Roteros, se fundó la necrópolis de la calle Alta, que fue creciendo hasta colisionar con aquel. Aparecieron núcleos habitados en el entorno de la calle Quart y de la Boatella, quizás primitivas alquerías o incluso almunias de propietarios particulares, que fueron adquiriendo con el tiempo rasgos urbanos. Algunos se perpetuaron hasta la actualidad, otros desaparecieron por el camino a causa de fenómenos naturales –las temidas riadas que periódicamente asolan la llanura aluvial– o por episodios bélicos. Los intersticios dentro de este cintura perirubano que rodeaba a la medina se fueron llenando con instalaciones artesanales –tenerías, alfarerías, caldererías...– y pequeños huertos.

Al otro lado del río, vemos repetirse el mismo modelo. La trama de caminos –el de Llíria, el de Sagunt, el de Montcada y el de Alboraia– y la red de acequias (la de Mestalla, la de Tormos y la de Rascanya) dibujan una urdimbre donde se fue asentando el poblamiento agrupado en pequeños núcleos o alquerías a partir de lazos de parentesco clánicos. Entre medio proliferaron los huertos (*rafals*) y fincas de recreo (almunias) particulares, propiedad muchos de ellos de la aristocracia ciudadano.

La huerta, la vasta extensión que aparece a nuestra vista como un todo, ahora sabemos que es en realidad el resultado de la articulación de pequeños sistemas de regadío nacidos a partir de surgencias naturales o captaciones en el subsuelo y vinculados a las alquerías. Es un sistema grandioso formado de pequeños subsistemas. De ahí que se generasen derechos sobre el agua y prácticas de irrigación, usos y costumbres –una cultura del agua, en definitiva–, muchos de las cuales pervivieron tras la conquista y han llegado hasta nuestros días, que requirieron ya en su origen la creación de un órgano que permitiera dirimir las desavenencias. El Tribunal de las Aguas, hoy tan vacío de contenido por el imparable proceso de destrucción de la huerta, es el mejor testimonio de unas prácticas de organización del territorio que estuvieron en el origen de la propia ciudad musulmana.